LA VIDA EN UN AGUJERO 1

Autor: franciscomiralles
Categoría: Cuentos
Publicado el: 04/04/2018

Félix Galbany era un ejecutivo de mediana edad; casado y sin hijos, que ocupaba un sobresaliente cargo en un Banco de su ciudad, cuando un día lo llamó a su despacho el director de aquella entidad para darle una inesperada noticia, que a juicio de Félix era totalmente descabellada; y por supuesto era asimismo una mala jugada que le hacían las altas esferas.

Él tenía que ocupar un puesto de gran responsabilidad en una filial que estaba situada en la capital de León; una región de la península que estaba a muchos kilómetros de su idolatrada tierra natal, porque quien ocupaba aquella plaza había sido destinado a otro lugar.

Félix no daba crédito a aquella orden; creía que estaba soñando una pesadilla, y sintió un vacío en el estómago. Pues precisamente el ejecutivo que era un acérrimo nacionalista, dado que en su adolescencia sus padres que venían de un medio rústico le habían inculcado un tan cerrado como fanático apego a su rincón del mundo, auspiciado por un relato mítico y egocéntrico que tenía su origen en la Religión, según el cual su pueblo había sufrido el rechazo, y la persecución política del Gobierno Central como los nazis habían hecho con los judíos, sobre todo a raíz de la lengua; y que tal vez dicho prejuicio hacia el resto de las demás comunidades se había agravado a causa

de la cvrisis económica, y de la globalización "España nos odia y nos roba" - solía decir como una plegaria-, hacía dos días que se había peleado con su mejor amigo porque no compartía su modo de pensar; y a pesar de que Félix siempre presumía de respetar la opinión de sus semejantes por diferente que fuera no dejó de insultar groseramente a su amigo de la manera más grosera que cabe imaginar.

Aquel mismo celo nacionalista no tan sólo le inducía a acudir a las manifestaciones que se organizaban en favor de la épica patriótica envuelto en la bandera de su comuniddad, sino que además había renunciado a viajar a otras regiones de la Península Ibérica por considerar que dichos lugares eran de tercer orden que abrazaban un trasnochado fascismo.

- ¡No me hagáis ir a León! - protestó quejumbroso Félix ante su jefe.

-Es necesario Félix - le respondió su interlocutor tajante.

- ¡Pues no quiero ir! Buscad a otro. Aquella gente está muy atrasada.

-¿Qué? No me vengas con tonterías. El trabajo es el trabajo, y debes de cumplir con lo que te mandan. Pero si te niegas a aceptar las órdenes que te dan, pues ya puedes ir a buscarte un nuevo empleo. Al fin y al cabo no vas al fin del mundo, y puedes volver aqui en las vacaciones.

- ¿Y cuánto tiempo tengo que estar en León?

- No sé... dos, tres años...; lo que haga falta. Mira Félix tú todavía estás con las batallitas de tu padre, y eso hace ya muchos años que han pasado a la Historia. Ya es hora de que te pongas

al día - le reconvino su jefe.

Como era de esperar Félix no estaba dispuesto a quedarse de patas en la calle, por lo que no tuvo más remedio que trasladarse con su mujer a León, y después de acomodarse en un viejo piso de alquiler que no estaba lejos del Barrio Húmedo que era una zona típica donde se hallaban las tascas, fueron paseanfo bajo un cielo frío y plateado por la bulliciosa y vistosa calle principal llamada Ordoño, en la que había señoriales y relucientes edificios, repleta a su vez de un número interminable de lujosos y enormes bares, en cuyas terrazas se hallaban sentadas con un aire indolente elegantes y rollizas mujeres jóvenes como si esperasen a su príncipe azul.

Al llegar el domingo, Félix y su mujer se percataron que el ambiente de la ciudad el cual estaba inconscientemente bajo el influjo vital de Madrid, tras oír misa en las iglesias, o en la Catedral del siglo lX con sus impresionantes vidrieras del siglo Xlll representando pasajes de la Sagrada Escritura que adquirían un celestial protagonismo al ser iluminadas por los rayos del sol, se organizaba en grupos de personas que iban a los bares a tomar un vino con una tapa, y pagaban por turnos; es decir que en un sitio un miembro del grupo invitaba a sus amigos, y en otro bar lo hacía otro. Se puede decir que la diversión principal, las relaciones humanas giraban en torno a las meriendas colectivas, y al picoteo que facilitaba la distensión y la camaredería. En resumen era un ambiente que aunque rozaba la austeridad, era muy diferente al de Barcelona.

Cuando Félix se reincorporó a su nuevo trabajo en el Banco, al cabo de unos días entabló una

cierta confianza con un compañero de la empresa que era oriundo de allí, y era un amante del equipo de fútbol El Barça.

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: franciscomiralles
Más relatos de la categoría: Cuentos
Muchos más relatos en: cortorelatos.com